

La actual apoteosis del liberalismo

Por RAFAEL GAMBRA

Quizá sea el concepto de liberalismo uno de los más mane-
jados durante el último siglo, y también de los más equi-
vocos y difícilmente definibles.

El liberalismo es, sin duda, algo profundamente real y
bajo cuya inspiración se ha formado la mentalidad de ge-
neraciones enteras. Cuando oímos descalificar como «juicios
subjetivos» cualquier afirmación categórica, sobre todo si es
de carácter metafísico o religioso o valoral; cuando vemos
sustituidas las convicciones por «opiniones», y la verdad o la
falsedad de los juicios se interpretan como «posiciones» de
derecha o «de izquierda»; cuando se erigen como únicas
virtudes sociales la «tolerancia» y la «comprensión» y como
únicos vicios «el extremismo» o «la violencia (venga de donde
viniere)» se intuye una mentalidad o un ambiente teñido de
liberalismo.

Sin embargo, precisamente porque los límites conceptua-
les del liberalismo son mal conocidos, es frecuente usar del
concepto impropiedad, abusar de él, o —al contrario— no
descubrirlo, sobre todo cuando se da unido a regímenes o
ideologías distintos de los que habitualmente le acompañan.
Así, cuando afirmaciones o supuestos liberales se unen a
posturas políticas no democráticas sino tecnocráticas o so-
cialistas.

¿Qué, es, pues, liberalismo?
Hablamos tantas veces de «liberalismo democrático» o de
«democracia liberal» que llegamos a ver en nombre y cali-
ficativo algo así como una redundancia. Sin embargo, aunque
liberalismo y democracia se hayan dado unidos en el terreno
de los hechos en virtud de cierta afinidad y consecuencia
que guardan en el de las ideas, no puede darse de que son
cosas diferentes y separables. «Democracia» responde a la
pregunta «¿cuál es el origen del poder?», y afirma que éste
se halla en el pueblo, en la voluntad general o mayoría em-
pírica. «Liberalismo», en cambio, si se toma en su sentido
restringido, responde a la cuestión «¿cuáles son los límites
del poder?», y responde, por boca de Rousseau, que esos lí-
mites deben ser «los mínimos indispensables para la convi-
vencia», puesto que el hombre es naturalmente bueno y de-
be dejarse obrar sin trabas a esa recta naturaleza.

Este es el liberalismo rousseauiano, pero ha habido, histó-
ricamente, otros. Tal el de Locke y los empiristas ingleses
del siglo XVII, que llegan a la misma conclusión, pero ba-
sándose en que cualquier intervención de la autoridad que
no sea meramente negativa o mínima habría de apoyarse en
«ideas», y éstas, que son forjadas por las «entes individua-
les a partir de datos sensoriales, no deben ser impuestas so-
cialmente.

Pero uno y otro —Locke y Rousseau— son liberales, es de-
cir, no inventan el liberalismo, sino que beben en fuentes de
un liberalismo más amplio y profundo, qué es precisamente
el que nos interesa. Este liberalismo, cuyos brigenes son más
remotos, afirma también la neutralidad del orden social y
político, su desligamiento respecto de una instancia tran-
scendente al hombre y a la sociedad mismas, su estructura
meramente cívica, laica. Frente a la sociedad medieval cris-
tiana —comunidad en una fe religiosa—, el liberalismo sos-
tiene la sociedad como mera coexistencia de grupos y de
individuos en la que teorías y creencias religiosas son asunto
solamente privado. Es decir, que para el liberalismo, hombre
y sociedad humana son realidades autónomas o técnicamen-
te regulables, vistas por supuesto de toda mala inclinación
original y ajena a cualquier esfera superior e inmutable de

verdades, valores o deberes. De aquí que el liberalismo sea,
correlativa y negativamente, una tesis de orden político-re-
ligioso, y en este sentido Sardá y Salvany tituló un libro «El
liberalismo es pecado».

La paz en Westfalia, por ejemplo, que puso fin a las gue-
rras de religión tras el agotamiento de las armas españolas,
fue una «solución liberal» respecto a la coexistencia de pue-
blos u orden internacional. Los españoles lucharon por la
Cristiandad como orden estructural —religioso, no liberal—
de la sociedad. Si a la coexistencia neutra liberal, laica
—que nació de Westfalia la llamamos Europa por oposición a
la Cristiandad— podremos comprender la contraposición
—hoy tan frecuente— de España y Europa.

Pero Westfalia es todavía un liberalismo de compromiso,
circunstancial. Los pueblos pacificados seguirán viviendo co-
mo sociedades consensuales según la religión de cada sobera-
no. Posteriormente, el liberalismo teóricamente propugnará ese
mismo orden neutro, arreligioso como estructura deseable de
cada pueblo, de la sociedad en general. Su obra será la Re-
volución francesa, universalizada por el napoleónismo.

No es casual, por ello, que en España los liberales sean
siempre «europelizados», ni que problematizar sobre si «esto
que llamamos España» tiene o debe tener una significa-
ción positiva, comunitaria. Todos añoran para España ese
orden puramente humano, laico, que representa Europa, la
Europa moderna.

Ortega y Gasset, que quizá no sea democrata y hasta ha-
ya influido poderosamente en grupos antidemocráticos, tota-
litarios, es, sin embargo, un liberal puro; europeizante
por ende, y problematizador sobre lo que España representa,
por tanto. Su obra tiene la virtud de provocar en sus diver-
sos lectores españoles los sentimientos más vivos y encontra-
dos. En su edad moza pronunció una conferencia en Bilbao
—en la sociedad liberal «El S'no»— bajo el título «La peda-
gogía social como programa político». En ella se hubiera po-
dido situar el límite imperativo que, como un Rubicón, se-
parará por siempre dos actitudes ante la vida y el futuro.
Eran sus primeras palabras sobre el concepto de España «co-
mo problema», y en sus últimas entonaba un canto a la eu-
ropelización.

España, según el conferenciante, «es un dolor enorme, di-
fuso. España no existe como nación. Gravitan sobre nosotros
tres siglos de error y de dolor. Estos tres siglos se inician
con la inmensa equivocación de vincular la suerte de la pa-
tria con la defensa del catolicismo en las guerras de reli-
gión, y terminan en el abismo de dolor de aquel año tris-
tísimo de 1898». «Si sentimos que España es un pozo de erro-
res y dolores, nos aparecerá como algo que debe ser de otra
manera. España es, pues, un problema.»

La idea central de aquella conferencia, es decir, la solu-
ción orteguiana a ese amargo problema que constituye Es-
paña se expresa mediante un ejemplo campesino. La socie-
dad —nos dice— no es originariamente una comunidad de
sentimientos o de gustos... Imaginemos un pueblo dividido
en rivalidades y banderías. Lograd que en él un buen núme-
ro de vecinos se interese por nuevos métodos de cultivo, que
lleguen a ver en ello una grande y fecunda tarea. Las diver-
gencias desaparecerán o se purificarán, se reducirán las in-
chias, y aquella colectividad se salvará en la «verdad de las
cosas» y del quehacer colectivo. De modo análogo, España,
«esta España» de regiones múltiples, «sigue en su vida, to-
dos los apasionamientos individuales, se salvará cuando ven
las clases directoras, dentro de veinte años, haya un buen
número de españoles activos en el trabajo de su ciencia.
Ellos, aunque tengan opiniones distintas, coincidirán siem-
pre que se trate de ir resolviendo los grandes problemas cu-
lturales».

Este quehacer redentor no es para Ortega y Gasset fruto
de una voluntad general democrática, sino más bien obra de
minorías o efecto de un «despotismo ilustrado», precursor
de la moderna tecnocracia de grupo o élite. Para lograrlo es
indispensable, según él, la difusión de la «culturas, de una
cultura socializada, laica» (de «clases, pueblo), igualdad, esto
es, sin distinción de clases sociales ni de confesiones reli-
giosas. Es cierto, en su opinión, que la religión posee cier-
tos valores socializadores, pero ¿cuántas veces no ha pertur-
bado la paz de la tierra! Además, cuanto la religión pueda
dar socialmente, lo da la cultura más energicamente. Pero
lo que claramente es antisocial son las iglesias particulares,
causas de división y apasionamientos. La España futura
—concluye el conferenciante— ha de ser una gran sociedad
laica, una escuela de humanidad. Esta es la tradición que
nos propone Europa. Y así, el problema que es España en-
contrará en Europa su solución: regeneración es inseparable de
europelización.

Todos estos conceptos nos aparecen ya claros: «Cultura
laica» es la actitud estrictamente liberal que se opone a la
fe y al trascendentismo de la actitud religiosa ante la vida.
«Europa» es el orden convincente, neutro, de grupos reli-
giosamente heterogéneos o irreligiosos, que substituyó a la
unidad comunitaria de la Cristiandad. «Europelzarnos», en
fin, significa rendirnos pacífica, voluntariamente, después de
dos siglos y medio, a cuanto ha encendido la lucha civil y
el espíritu religioso en los últimos tiempos. Con otras pa-
labras, renunciar a nuestra fe, liquidar nuestra cultura e in-
corporarnos al medio, políticamente laico, de la Europa mo-

...la en el pueblo, en la voluntad general o mayoría em-
... «Liberalismo», en cambio, si se toma en su sentido
...ncido, responde a la cuestión «¿cuáles son los límites
...der?», y responde, por boca de Rousseau, que esos lí-
...deben ser «los mínimos indispensables para la convi-
... puesto que el hombre es naturalmente bueno y de-
...jarse obrar sin trabas a esa recta naturaleza.
...te es el liberalismo rousseauiano, pero ha habido, histó-
...mente, otros. Tal el de Locke y los empiristas ingleses
...siglo XVII, que llegan a la misma conclusión, pero ba-
...se a que cualquier intervención de la autoridad que
...a meramente negativa o mínima habría de apoyarse en
...», y éstas, que son forjadas por las «entes individua-
...partir de datos sensoriales, no deben ser impuestas so-
...ente.

ro uno y otro —Locke y Rousseau— son liberales, es de-
...o inventan el liberalismo, sino que beben en fuentes de
...beralismo más amplio y profundo, que es precisamente
...nos interesa. Este liberalismo, cuyos orígenes son más
...os, afirma también la neutralidad del orden social y
...co, su desligamiento respecto de una instancia trasen-
...mente al hombre y a la sociedad mismas, su estructura
...comunidad en una fe religiosa—, el liberalismo sos-
...la sociedad como íntera coexistencia de grupos y de in-
...nos en la que teorías y creencias religiosas son asunto
...mente privado. Es decir, que para el liberalismo, «hombre
...idad humana son realidades autónomas o técnicamen-
...guables, y éstas por supuesto de toda «mala influencia»
...nal y ajena a cualquier esfera superior e inmutable de

...os «liberales» españoles usaron términos más vivos y encen-
...dos. En su edad moza pronunciaron una conferencia en Bilbao
...en la sociedad liberal «El S'cio»— bajo el título «La peda-
...gogía social como programa político». En ella se hubiera po-
...dido situar el límite imperativo que, como un Rubicon, se-
...parará por siempre dos actitudes ante la vida y el futuro.
...Eran sus primeras palabras sobre el concepto de España «co-
...mo problema», y en sus últimas entonaba un canto a la eu-
...ropeización.

España, según el conferenciante, «es un dolor enorme, di-
...fuso. España no existe como nación. Gravitan sobre nosotros
...tres siglos de error y de dolor». Estos tres siglos se inician
...con la inmensa equivocación de vincular la suerte de la patri-
...a con la defensa del catolicismo en las guerras de religión,
...y terminan en el «abismo de dolor» de aquel año trágico
...de 1898. «Si sentimos que España es un pozo de errores
...y dolores, nos aparecerá como algo que debe ser de otra
...manera. España es, pues, un problema.»

La idea central de aquella conferencia, es decir, la solu-
...ción orteguiana, ese amargo problema que constituye Espa-
...ña se expresa mediante un ejemplo campesino. La socie-
...dad —nos dice— no es originariamente una comunidad de
...sentimientos o de gustos... Imaginemos un pueblo dividido
...en rivalidades y banderías. Lograd que en él un buen núme-
...ro de vecinos se interese por nuevos métodos de cultivo, que
...lleguen a ver en ello una grande y fecunda tarea: las diver-
...gencias desaparecerán o se purificarán, se reducirán las luchas,
...y aquella «colectividad» se salvará en la «verdad de las
...cosas» y del «quehacer colectivo. De modo análogo, España,
...cuando el número de «preguntas» impuestas por la «obra» de
...los dos apasionamientos individuales, se salvará cuando ven
...las clases directoras, dentro de veinte años, haya un buen
...número de españoles activos en el trabajo de su ciencia.
...Ellos, aunque tengan opiniones distintas, coincidirán siem-
...pre que se trate de ir resolviendo los grandes problemas cul-
...turales.»

Este quehacer redentor no es para Ortega y Gasset fruto
...de una voluntad general democrática, sino más bien obra de
...minorías o efecto de un «despotismo ilustrado», precursor
...de la moderna tecnocracia de grupo o élite. Para lograrlo es
...indispensable, según él, la difusión de la «culturas», de una
...cultura socializada, «laica» (de «laos», pueblo), igualitaria,
...esto es, sin distinción de clases sociales ni de confesiones reli-
...giosas. Es cierto, en su opinión, que la religión posee cier-
...tos valores socializadores, pero ¿cuántas veces no ha pertur-
...bado la paz de la tierra! Además, cuanto la religión pueda
...dar socialmente, lo da la cultura más energicamente. Pero
...lo que claramente es antisocial son las Iglesias particulares,
...causas de división y apasionamientos. La España futura
...—concluye el conferenciante— ha de ser una gran sociedad
...laica, una escuela de humanidad. Esta es la tradición que
...nos propone Europa. Y así, el problema que es España encon-
...trará en Europa su solución: regeneración es inseparable de
...europeización.

Todos estos conceptos nos aparecen ya claros: «Cultura
...laica» es la actitud estrictamente liberal que se opone a la
...fe y al trascendentalismo de la actitud religiosa ante la vida.
...«Europa» es el orden convincente, neutro, de grupos reli-
...giosamente heterogéneos o irreligiosos, que sustituyó a la
...unidad comunitaria de la Cristiandad. «Europeizarnos», en
...fin, significa rendirnos pacífica, voluntariamente, después de
...dos siglos y medio, a una causa, ha entendido la lucha civil y
...el espíritu religioso en los últimos tiempos. Con otras pala-
...bras, renunciar a nuestra fe, liquidar nuestra cultura e in-
...corporarnos al medio, políticamente laico, de la Europa mo-
...derna.

La profecía —o el designio— laicista no tuvieron cumpli-
...miento entre nosotros. Como dice Menéndez Pelayo, «un
...pueblo viejo no puede renunciar a su cultura sin extinguir
...la parte más noble de su vida y caer en una segunda infan-
...cia, muy próxima a la imbecilidad senil». A los veinte años
...de aquella conferencia (1936) los españoles luchaban nue-
...vamente por su fe y contra la anarquía moral y política en
...que les había sumido la laicización o «liberalización» de su
...Estado. La indefensión pública de cuantos motivos les lleva-
...ron históricamente a convivir, a rezar juntos y a crear una
...gran historia. Tampoco cuarenta años posteriores de trabajo
...y elevación notable del nivel de vida han hecho olvidar
...a los españoles la problemática profunda de su pasado.

Nuevamente hoy vuelven a sonar cantos de sirena para la
...edificación de una coexistencia «liberal» y la definitiva in-
...corporación a «Europa». El riesgo es ahora mucho más gra-
...ve porque se ha visto precedido de una inverosímil penetra-
...ción «liberal» en el seno de la propia Iglesia Católica, defen-
...sora última —por su misión y su origen— del orden inmuta-
...ble de cuanto ha de ser creído y respetado. Una tendencia
...«horizontalista» o mundana, humanista, des-sacralizadora,
...evolutiva y «convergentista» o ecumenista ha penetrado los
...sectores más visibles de la Iglesia post-conciliar, dejando en
...provisional entredicho a cuantos no se han preguntado con
...Pilato y con el liberalismo: «¿qué es la verdad?» Particular-
...mente a España y a los pueblos hispánicos asentados todavía
...en una «ortodoxia pública» de raíz religioso-católica.

Porque concebir la religión como un «problema» pere-
...grinar del hombre, sin dogmas, jerarquía ni inmutables refe-
...rencias, hacia un indeterminado progreso espiritual en que
...todas las religiones confluyen, es aún más absurdo que pre-
...tender edificar la vida de un hombre o la legislación de un
...pueblo sin nociones válidas de la verdad y del bien.

La prueba histórica parece hoy culminante, definitiva.
...Diríase a la Iglesia y al mundo abocados a aquella «soledad
...de barro, sin naufragio y sin estrella», en estrofa de Macha-
...do. Pero la misma contradicción del empeño hará reapare-
...cer ante el horizonte humano los astros referenciales de su
...guía y de su verdadera situación.